

CUENTOS SORPRENDENTES

Adaptación de Salvador Comelles



LA PUERTA ABIERTA

H. H. MUNRO (SAKI)

El señor Framton Nuttel sufría una crisis nerviosa
y decidió ir a pasar unos días en el campo,
en un lugar tranquilo,
donde su hermana había vivido un tiempo.

—Cuando llegues ve a saludar a los vecinos— le recomendó
su hermana—. Si no lo haces, ya sé qué te pasará:
te quedarás encerrado en casa, no hablarás con nadie
y tus nervios empeorarán.
Escribiré unas cuantas cartas
para presentarte a la gente que conozco.
Algunas personas eran muy agradables.

El señor Framton le hizo caso,
y al llegar, fue a dar la carta de presentación
a una de las personas que su hermana
le había recomendado: la señora Sappleton.
Esperaba que fuera una de aquellas personas simpáticas
de las que su hermana le había hablado.

Cuando llegó a la casa,
lo recibió una jovencita de unos 15 años.

—Mi tía bajará enseguida, señor Nuttel
—le dijo la chica en un tono de voz firme
que mostraba seguridad en sí misma—.
Mientras tanto, le atenderé yo misma.

El señor Framton Nuttel pensó
qué podía decirle a aquella chiquilla.
Quería quedar bien con ella y también con su tía.

Eso sí, cada vez tenía menos claro
que aquellas visitas a gente desconocida
le fueran beneficiosas para su crisis nerviosa.

—¿Conoce a alguien aquí? —le preguntó la chiquilla,
cuando le pareció que ya hacía demasiado rato
que no hablaban.

—No conozco a nadie —reconoció el señor Framton—.
Mi hermana estuvo aquí, en la casa de la rectoría,
hace unos cuatro años,
y me ha escrito algunas cartas de presentación
para que pueda conocer a algunas personas.

Y añadió, para justificarse:

—Es por eso que he venido a saludar a su tía.

—Entonces, ¿usted no sabe nada de mi tía?

—preguntó aquella chiquilla tan decidida.

—Solo sé su nombre y su dirección—dijo el señor Framton.

Precisamente, el señor Framton estaba pensando si la señora Sappleton, la tía de aquella chica, debía estar casada o viuda.

No hubiera sabido decir por qué, pero le parecía que la sala donde estaban denotaba alguna presencia masculina. Pero entonces oyó que la sobrina decía:

—La gran tragedia de mi tía ocurrió hoy hace tres años. Por eso su hermana no debía de saber nada.

—¿Qué tragedia? —preguntó enseguida el señor Framton.

Era difícil de imaginar que en un lugar tan tranquilo como aquel hubiera ocurrido una tragedia.

Entonces, la sobrina señaló una puerta vidriera que daba al jardín.

—Debe preguntarse por qué tenemos la puerta abierta, ¿verdad? Si estamos ya en octubre y al anochecer puede refrescar.

—Bueno —dijo el señor Framton— como este otoño hace bueno... Pero ¿qué quiere decir? ¿Esta puerta tiene algo que ver con la tragedia?

Entonces, la chica le explicó esta historia:

—Hace tres años, un día, el marido de mi tía
y sus dos hermanos pequeños
salieron por esta puerta para ir a cazar. Nunca volvieron.
Cuando cruzaban un campo
para ir hasta el lugar donde solían cazar,
cayeron en un pantano y se ahogaron. Era verano.
Había sido un verano muy húmedo,
y algunas zonas que otros años estaban secas y eran seguras
se convirtieron en peligrosas
y si caías en ellas, podías hundirte.
Nunca encontraron sus cuerpos.

La chica ahora ya no hablaba con aquel tono tan seguro
del principio, sino que parecía que vacilaba. Y continuó:

—Pero a mi pobre tía todavía le parece
que algún día volverán.
Ella cree que cualquier día
los verá entrar otra vez por esta puerta,
como hacían siempre: acompañados de su perro,
un *spaniel* marrón que también desapareció.
Por este motivo, dejamos la puerta abierta cada noche.

»Pobre tía, cuántas veces
me ha recordado aquel día en el que se fueron:
su marido llevaba un impermeable blanco,
y el hermano pequeño, Ronnie, iba cantando
aquella canción popular:
«Había un cazador, que iba por el bosque...».
Siempre cantaba la misma,
y mi tía ya estaba harta de ella y se ponía nerviosa.

Y la chica añadió aún, temblorosa:

—¿Sabe qué? Hay anocheceres como hoy, tan tranquilos,
que me viene una sensación espeluznante
y me parece que los tres cazadores
volverán a entrar por esta puerta...

En aquel momento, la tía entró en la sala
y eso, para el señor Framton, fue un descanso.
La señora se disculpó por haberlo hecho esperar.

—Espero que Vera le haya entretenido —le dijo.

—Sí, he estado muy entretenido —le contestó él.

—Espero que no le importe que tengamos la puerta abierta
—dijo la señora Sappleton, enérgicamente—.

Es que mi marido y sus dos hermanos han salido a cazar
y cuando vuelven entran por aquí.

Han ido a cazar becadas¹ a la zona de los pantanos
y ya sufro por mis alfombras si llegan llenos de barro...

Ay, todos los hombres son iguales.

La señora se puso a hablar sobre la caza,
sobre los pocos pájaros que había,
y sobre cómo sería la caza de patos de aquel año.

El señor Framton hizo un esfuerzo desesperado
para seguir la conversación, pero no lo lograba
y solo supo decir cuatro vaguedades.

Le parecía que la tía tampoco le hacía demasiado caso
y que, en realidad, estaba más pendiente
de la puerta del jardín.

Ya era mala suerte que hubiera ido a visitarla
precisamente el día del aniversario de aquella tragedia.

El señor Framton empezó entonces
a hablar de sus males... como si a todo el mundo
le tuvieran que interesar sus problemas,
las enfermedades y el régimen que tenía que seguir.

1. Pájaro de color castaño y pico largo, muy apreciado por los cazadores
por la calidad de su carne.

—Los médicos dicen que debo descansar,
que no tenga ninguna excitación —dijo—
y que evite cualquier ejercicio físico intenso.
En cambio, sobre el régimen que tengo que seguir,
cada uno dice una cosa distinta.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Sappleton,
que tuvo que aguantarse un bostezo.

Pero entonces, de repente, la señora se avivó.
Se veía que estaba pendiente de algo,
pero no de lo que le explicaba el señor Framton.

—Mira, ya están aquí —gritó en aquel momento—.
Llegan a tiempo para el té,
y con las botas bien enfangadas.

Cuando oyó esto,
el señor Framton notó un escalofrío
y se giró hacia la sobrina
para que viera que él se hacía cargo de la situación.
Pero, entonces, vio que la chica
también miraba horrorizada hacia la puerta.
El señor Framton quedó muy impresionado
y también se giró.
Lo que vio lo dejó aterrorizado.

